

La dimensión espacial de la cohesión social¹

Marie Garnier²

Introducción

El presente trabajo se enmarca dentro de la investigación más amplia que ha realizado la CEPAL sobre el tema de la cohesión social. Específicamente, toma como punto de partida la publicación que resulta de dicho proceso y sintetiza sus principales conclusiones, titulada *Cohesión social: Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe* (CEPAL, 2007). El concepto de cohesión social que se utiliza a lo largo de este artículo es tomado de dicha obra; y la define como “la dialéctica entre mecanismos instituidos de inclusión y exclusión sociales y las respuestas, percepciones y disposiciones de la ciudadanía frente al modo en que ellos operan” (CEPAL, 2007, p. 16). Así, la cohesión social tiene tanto un componente objetivo – los mecanismos de inclusión y exclusión – como un componente subjetivo – las percepciones de la ciudadanía frente a los mismos.

Ahora bien, partiendo de tal conceptualización, el presente análisis considera la dimensión espacial o territorial de la cohesión social. Concretamente, los efectos que tiene la segregación residencial sobre la cohesión social; ya sea directamente, o bien gracias a su interacción con los ámbitos laboral y educativo. Por último, se analiza la dimensión espacial en términos de los factores subjetivos de la cohesión social y los efectos que tienen los fenómenos aludidos en la construcción de esta subjetividad. Así, este análisis asume e incorpora esa dualidad característica de la cohesión social entre lo objetivo y lo subjetivo. Es importante señalar que aquí se considera exclusivamente la segregación residencial socioeconómica, a diferencia de aquella de origen racial, étnico o religioso, por ejemplo.

El citado trabajo de la CEPAL (2007) establece además los principales problemas que obstaculizan el logro de una mayor cohesión social en las sociedades latinoamericanas y caribeñas en la actual coyuntura: las bajas tasas de crecimiento, las restricciones en el mundo laboral, la disociación entre activos materiales y simbólicos, la negación del otro, el fomento del individualismo, la complejidad y fragmentación del mapa de actores sociales, la falta de claridad y certidumbre con respecto al orden simbólico y las normas mínimas de sociabilidad y la brecha existente entre la igualdad de hecho y la de derecho. En este artículo se busca comprender cómo la dimensión espacial, sobre todo mediante la segregación residencial, agudiza esos problemas en lugar de aminorar su incidencia.

La literatura que analiza el fenómeno de la segregación residencial en América Latina y el Caribe es abundante. No obstante, se ha trabajado fundamentalmente desde la óptica de los factores objetivos: movimientos de población, concentración espacial, diferenciales de ingreso, tasas de actividad, desempleo y nivel educativo promedio,

¹ Informe de investigación realizada durante una breve pasantía realizada en la División de Desarrollo Social de la CEPAL en el verano del 2007, supervisada por Ana Sojo.

² Costarricense. Bachiller en Ciencias Económicas de la Universidad de Costa Rica. Actualmente cursa una Maestría en Historia en la misma universidad.

composición social barrial, etc. El presente análisis revisa esta literatura bajo el prisma de la cohesión social, con el objetivo de resaltar tanto la dimensión subjetiva – que, si bien presente, ha estado subsumida y se ha visto relegada a un segundo plano frente a los factores objetivos de estos fenómenos – como las interacciones entre la segregación residencial, laboral y educativa. El aporte de este enfoque radica precisamente en aprovechar la literatura existente vinculando los factores objetivos con la dimensión subjetiva que propone la CEPAL (2007), para reunir estas dos ramas que hasta ahora se habían visto separadas.

Con este fin, el presente trabajo se divide en dos partes, que se refieren respectivamente a los elementos objetivos y subjetivos de la cohesión social. La primera parte consta de dos capítulos, el primero de los cuales está dedicado a la segregación residencial, haciendo particular énfasis en el fenómeno de la polarización y en el manejo que se ha dado a los conceptos principales en esta discusión. Un segundo apartado se enfoca en las interrelaciones que existen entre el vecindario, la educación y el empleo. En él se discute la dialéctica establecida entre la segregación residencial y la segregación laboral, por un lado, y entre la primera y la segmentación educativa por otro. Asimismo, se abordan los problemas de la segregación en los servicios, la desigualdad en el acceso a oportunidades de formación de activos, la erosión de los mecanismos de control social, el debilitamiento de las redes sociales y la consecuente aparición de subculturas.

La segunda parte de este artículo se enfoca en los factores subjetivos de la cohesión social, como son el sentido de pertenencia, la ciudadanía, la empatía, la solidaridad y la tolerancia a la desigualdad; los cuales se ven también afectados por la segregación residencial y su interacción con los ámbitos laboral y educativo. La importancia de este apartado radica en analizar la literatura de segregación y polarización a la luz de la cohesión social, con el fin de sacar nuevas conclusiones de las investigaciones existentes.

I. Una reflexión conceptual sobre territorio y exclusión

1) Polarización y segregación residencial

Discutir la segregación residencial requiere definir primero ciertos conceptos que se utilizarán a lo largo de este trabajo. En primera instancia, como se dijo, por cohesión social se entenderá “la dialéctica entre mecanismos instituidos de inclusión y exclusión sociales y las respuestas, percepciones y disposiciones de la ciudadanía frente al modo en que ellos operan” (CEPAL, 2007, p. 16).

Asimismo, y siguiendo las definiciones brindadas por Kaztman (2005), se deben distinguir la segmentación y la segregación. El primero de estos términos implica no sólo diferenciación de categorías sociales, sino también la existencia de barreras que impiden el tránsito entre categorías; la segregación, además, alude a la voluntad de los miembros de alguna categoría de mantener o aumentar dichas barreras.

Este mismo autor explica que “La segregación residencial refiere al proceso por el cual la población de las ciudades se va localizando en espacios de composición social homogénea” (Kaztman, 2005, p. 14). Es interesante resaltar aquí la diferencia que propone Corrêa (2001) con respecto al significado de la segregación residencial. Ella explica que, según la visión de mercado, la segregación es simplemente una expresión de la distribución espacial de las clases hecha por el mercado inmobiliario, donde la lógica de mercado se impone a los mecanismos institucionales. De acuerdo con la visión institucional, en cambio, “la segregación es la diferenciación espacial institucionalizada y legitimada por normas legales o sociales que conforman los enclaves cerrados por barreras físicas o simbólicas”³ (Corrêa, 2001, p. 2). A lo largo del presente trabajo, se hará referencia más bien a la segunda de estas acepciones, por cuanto incorpora a la dimensión meramente económica, aquellos elementos sociopolíticos e institucionales esenciales para comprender a fondo el fenómeno de la segregación residencial y sus consecuencias sobre la cohesión social.

Dentro de ese segundo orden cabe recordar los postulados de Bourdieu (200b) en cuanto a que el orden silencioso de las estructuras del espacio físico apropiado es sólo uno de los canales mediante los cuales las estructuras sociales se convierten paulatinamente en estructuras mentales. Así es como se puede dar tanto una segregación meramente física o espacial como lo describe la visión de mercado, como una segregación según una visión institucional.

Como lo dice el propio Bourdieu (2000b, p. 121): “es indudable que la incorporación insensible de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales”.

³ Esta cita es traducción de la autora del presente trabajo.

En cuanto al concepto de polarización, existe en general un consenso entre los distintos autores analizados; y quien mejor lo sintetiza es Kaztman, al decir que comprende tanto un “aumento de la homogeneidad en la composición social de los barrios, así como un correspondiente aumento de la heterogeneidad entre ellos” (Kaztman et al., 2003, p. 16).

Ahora bien, volcando nuestra atención al caso particular de América Latina y el Caribe, los autores concuerdan en que sus ciudades exhiben estos procesos de segregación y polarización, como consecuencia directa de los modelos de acumulación y distribución del empleo y la riqueza. Mammarella y de Barcellos (2001), por ejemplo, expresan su acuerdo con esta visión explicando que los fenómenos de desindustrialización, terciarización y debilitamiento de la presencia estatal en la economía indujeron profundas transformaciones en los modos de apropiación y organización del espacio, configurado ahora como una serie de espacios sociales fragmentados. También Corrêa (2001) expresa similar opinión al afirmar que la globalización y la reestructuración productiva produjeron profundas transformaciones en la estructura social. Por su parte, Corrêa y Queiroz (2001, p. 3) colocan en el nivel de axioma el supuesto de que los “cambios que se están dando en el trabajo están destruyendo las relaciones para la integración de la favela a la ciudad”, donde la favela agrupa a las clases más pobres y, por tanto, excluidas de la dinámica urbana.

Asimismo, se resalta que, a lo largo de las dos últimas décadas, estos procesos se han agudizado; por cuanto “la distribución espacial de la población fue afectada por procesos de movilidad entre barrios que acentuaron la diferenciación social en el territorio ocupado” (Kaztman et al., 2003, p. 8). Desafortunadamente, la política estatal con respecto a la planificación urbana ha demostrado ser inadecuada e ineficiente, contribuyendo por tanto al agravamiento de los problemas de organización espacial.

Arriagada y Rodríguez (2003, p. 63) afirman, muy acertadamente, que “la segmentación residencial plantea un problema en que confluyen efectos que provienen del mercado, de las políticas públicas y de la sociedad civil”. Entre los determinantes directos de la segregación que se encuentran en el campo demográfico - pues ésta es un asunto de distribución territorial de la población – ellos citan los diferenciales de crecimiento natural de los distintos grupos socioeconómicos, los patrones de migración intra y extrametropolitana y las modificaciones dentro de cada grupo social. Estos autores también detallan cómo los mercados de suelo pueden agudizar el problema de la segregación, mediante factores como “restricciones de oferta, niveles de precios, lógicas de localización de actividades comerciales y residenciales que favorecen la expulsión de los pobres y la exclusividad de residencia a distinta escala, liberalización del crecimiento urbano o marcos de regulación que estimulan la fragmentación” (Arriagada y Rodríguez, 2003, p. 35). Además, la segregación residencial se ve favorecida por las políticas de vivienda, infraestructura y servicios

Un ejemplo particular puede encontrarse en Uruguay y, más específicamente, en Montevideo; donde la década de los ochenta fue testigo de cómo los sectores altos y las clases trabajadoras se fueron separando tanto socioeconómica como espacialmente. Con

este aumento en la separación física entre ambos grupos poblacionales, “comienza a tomar cuerpo en Montevideo un rasgo ya característico de las ciudades latinoamericanas” (Katzman et al., 2003, p. 8).

También las metrópolis de Buenos Aires, Ciudad de México y Santiago exhiben semejantes procesos de concentración de las poblaciones de clase alta en comunidades cerradas que se ubican en las zonas con mayor cantidad de servicios; mientras que las clases populares se ubican en la periferia de estos barrios ricos. De esta manera, van surgiendo ciudades fragmentadas, que evidencian diferencias significativas entre sí. Es así como, por ejemplo, los diferenciales reproductivos entre estas poblaciones – que surgen de las tasas de fecundidad y madres adolescentes, entre otros – contribuyen a profundizar el abismo que se abre entre ambos mundos urbanos.

El mismo fenómeno se ha presentado asimismo en las ciudades brasileñas, como lo describe Queiroz (s. f.), al afirmar que en el proceso de formación de las mismas, se originó un sistema de acumulación de la riqueza basado precisamente en las desigualdades al interior de la ciudad; entre aquellas clases que tienen el poder de segregación y aquellas que quedan así relegadas a la periferia y la precariedad en términos de infraestructura, localización y acceso a los servicios urbanos esenciales para la reproducción social en la ciudad. Corrêa (2001) agrega que, en este proceso, las élites pasan por un proceso de auto-segregación con el fin de concentrarse y reproducir así su poder social, político y económico; mientras que para las clases bajas, este mismo proceso toma las características de una segregación impuesta por las dinámicas inmobiliarias.

En todas estas ciudades ha comenzado a aparecer como parte del escenario urbano un nuevo tipo de vivienda, el condominio, entendiéndolo por un grupo de casas o apartamentos con acceso controlado. La aparición de esta modalidad se asocia a la profundización de la segregación residencial precisamente porque el condominio busca insertarse en la ciudad como unidad autónoma que limita al mínimo el contacto con personas de otros estratos socioeconómicos, al incorporar dentro de sus límites la prestación de bienes y servicios (Hidalgo et al., 2003).

Como lo resaltan Hidalgo y sus coautores (Hidalgo et al., 2003), esta nueva forma de segregación residencial que surge con el levantamiento de condominios y comunidades enrejadas en medio de zonas de menores ingresos – lo cual a primera vista parecería indicar una mayor cercanía física – en realidad implica una profunda separación reforzada por muros y alarmas. En sus palabras, “hay proximidad física con ausencia de cercanía e integración territorial y humana” (Hidalgo et al., 2003, p. 8). Esta cita evidencia precisamente los obstáculos que impone esta nueva modalidad de segregación residencial a la cohesión social.

La misma idea expresan Mammarella y de Barcellos al afirmar que “La profundización de las distancias sociales, por su parte, viene exponiendo fisuras en el tejido social y apuntando a un crecimiento y agravamiento de los conflictos, trayendo dificultades al establecimiento de consensos y problemas de gobernabilidad en esas

aglomeraciones” (Mammarella y de Barcellos, 2001, p. 2). Esas fisuras a las que hacen referencia las autoras son precisamente las debilidades de la cohesión social en las sociedades latinoamericanas. Ambas afirman que, entre las consecuencias de la polarización social, están la apropiación exclusiva de los espacios de mayor valor, por concentrar las actividades de punta y el consumo y viviendas de lujo; ello redundaría en la formación de espacios exclusivos de pobreza, conformándose así una ciudad dual y un espacio fragmentado (Mammarella y de Barcellos, 2001).

En efecto, las consecuencias más nefastas de la polarización no están en las viviendas de clase media y alta, sino más bien en los barrios de clases bajas. Ello es así por cuanto la concentración espacial de poblaciones pobres refuerza dicha precariedad al conjugar varios efectos nocivos: al limitar la interacción con personas exitosas de acuerdo con las normas sociales vigentes, no sólo se debilitan dichas normas y se reduce la exposición de los niños a esas personas exitosas que pueden ser modelos de rol; sino que se empobrecen las redes sociales que son fuente de contactos laborales. Por otro lado, la inestabilidad laboral que surge debido a ello menoscaba el control social e institucional y empuja a los habitantes de estas zonas a buscar fuentes alternativas – y no siempre legales – de ingreso (Kaztman, 2005).

Entre los efectos perversos de la segregación residencial, Arriagada y Rodríguez (2003) señalan el que reproduce las desigualdades socioeconómicas de las cuales ella misma es una manifestación, reduce los ámbitos de interacción entre diferentes grupos socioeconómicos, agudiza la segmentación de los servicios básicos, promueve el surgimiento de externalidades negativas y deteriora la vida comunitaria de los vecindarios pobres, al minar la capacidad de acción colectiva.

Estamos así ante un proceso de polarización que no muestra señales de estarse desacelerando; por el contrario, la evidencia parece corroborar que “en los barrios más desaventajados se activan mecanismos que realimentan el aislamiento social de sus residentes” (Kaztman y Retamoso, 2005, p. 146), ampliando exponencialmente las desigualdades y dificultando cada vez más la puesta en práctica de políticas públicas que contrarresten eficazmente estos procesos de segregación. Como bien lo expresa Kaztman, (2005, p. 27) “las desigualdades de ingresos en las ciudades tenderán a fragmentar el espacio urbano en vecindarios que concentran clases homogéneas y, a su vez, la polarización espacial de las clases actuará como un cemento de las desigualdades impidiendo un posterior repliegue hacia situaciones más equitativas”.

Estos atributos socioculturales y espaciales conjugados se convierten entonces en un mecanismo de exclusión; pues el estigma que surge con respecto a los barrios pobres impide el acceso al mercado laboral y a los espacios de interacción con otras clases (Saraví, 2004). Así, la segregación residencial tiene fuertes impactos sobre el bienestar social, “El más inmediato, y del cual se derivan otras importantes consecuencias, es la progresiva reducción de aquellas oportunidades de contacto cotidiano informal que hacen posible que personas de distinta condición socioeconómica interactúen como iguales en lugares públicos” (CEPAL, 1999, p. 11), lo cual resulta en un detrimento de la democracia y la cohesión social.

Esta separación de los potenciales ámbitos de interacción entre las clases que resulta de la segregación residencial, “amplía el aislamiento de la población con mayores carencias con respecto a los circuitos sociales principales de las ciudades, aislamiento que tiende a consolidarse a medida que aumenta la homogeneidad en la composición social de los vecindarios” (Kaztman et al., 2003, p. 39). De esta forma, a la inestabilidad laboral y la concentración y segregación de las clases bajas, se suma la consecuencia de la reducción de los espacios públicos que permiten el contacto informal entre las distintas clases en condiciones de igualdad (Kaztman, 2005).

La importancia del espacio público reside en ser una fuente importante de capital cívico, social y cultural; por cuanto él y las prácticas sociales que en él se generan permiten el desarrollo de acciones colectivas para el intercambio – de bienes, ideas e información, entre otros – para efectuar contactos, generar y difundir valores, etc. (Saraví, 2004). Este autor lo explica de la siguiente manera: “El barrio como espacio de relación e interacción social se asocia a la noción de espacio público local. Entendido de esta manera, constituye el espacio público más inmediato; el primer encuentro público al abrirse la puerta de lo privado” (Saraví, 2004, p. 35).

Visto desde la perspectiva de la cohesión social, el espacio público es uno de los componentes fundamentales de la misma y, como tal, es una condición necesaria, si bien no suficiente, para que una sociedad muestre un alto grado de cohesión. El espacio público es el lugar por excelencia de la interacción más allá del núcleo familiar y los contactos laborales inmediatos. Precisamente, el problema de la polarización es que modifica el elemento de interacción de las distintas clases en el espacio público. Lo que resulta son espacios exclusivos de las clases altas – comunidades enrejadas, country clubs, centros comerciales, etc. – y los espacios públicos que sobran – la calle, los parques, las esquinas – son entonces apropiados por delincuentes, pandillas y otros subgrupos, lo cual contribuye a estigmatizar estos sectores y alejar aún más a los sectores medios.

El problema que comenzó así con la segregación residencial y continuó con la segregación de los servicios, se expande ahora hacia la segregación del uso del espacio público. Al ser éste apropiado por normas, valores y prácticas que difieren de aquellas socialmente aceptadas en el resto de la sociedad, surge un aspecto sumamente perjudicial para sus vecinos, que Saraví (2004 p. 35) define como “una dimensión cultural de la segregación urbana que actúa a un mismo tiempo como efecto y causa de la exclusión”. Al volverse el espacio público un lugar peligroso debido a estas normas alternativas que incorporan el crimen y la violencia, los vecinos se retiran a sus casas y agudizan aún más el aislamiento, la exclusión y la ausencia de mecanismos de control social.

Una de las expresiones más radicales del problema de la polarización son los asentamientos informales, como afirma Kaztman: “El asentamiento precario o informal es la expresión máxima del proceso de segregación” (Kaztman et al., 2003, p. 11). Según Kaztman (2003) y CEPAL (2007), en estos asentamientos se dan numerosas situaciones que reflejan una alta densidad de precariedades. Así, además del desempleo, los bajos

ingresos y la pobreza, se sufre de la ausencia de protección social y laboral, insalubridad, indigencia, altas tasas de fecundidad y maternidad adolescente, bajo capital social y educativo, deserción escolar e inserción precaria en el mercado laboral. Todas ellas tienden a perpetuar el ciclo de la pobreza y exclusión hacia la siguiente generación, obstaculizando todo intento de movilidad ascendente.

El párrafo anterior ejemplifica el principal problema de los asentamientos informales: en ellos se conjugan diversas condiciones de precariedad que tienden a reforzarse entre sí, produciendo cada vez una mayor exclusión de estas poblaciones con respecto a los sectores medios y altos de la sociedad. Cada uno de estos fenómenos, por sí mismo, es capaz de reducir drásticamente el bienestar de las personas. Sin embargo, al aparecer poblaciones que concentran todos estos problemas, se potencian exponencialmente entre ellos para transmitir la pobreza y exclusión de generación en generación, impidiendo así la salida del círculo vicioso. Lo que se da entonces es una suerte de “institucionalización” de la exclusión, al estar estos asentamientos informales al margen de toda posibilidad de movilidad ascendente.

II. Interrelación entre educación, empleo y vecindario

La CEPAL (1999 y 2007) ha resaltado consistentemente el rol principal que juegan la educación y el trabajo en cuanto a la inclusión social de las personas. Es por ello que peligra la cohesión social cuando hay una parte de la población que queda marginada de estos mecanismos de integración. Este problema se agrava debido a que la exclusión del sistema educativo y la exclusión del mercado laboral se encuentran encadenadas, de tal forma que para quien tiene poca o ninguna educación, resulta muy difícil conseguir un empleo estable en el sector formal. Más aún, el papel preponderante de la educación y el empleo como vías de inclusión social resulta erosionado por “la inconsistencia entre mayores logros educacionales y posibilidades limitadas de incorporarse al mercado laboral” (CEPAL, 2007, p. 64); factor que añade además sentimientos de insatisfacción entre la población excluida.

Además de esta interrelación entre el empleo y la educación, existe también una interacción entre ellos y la zona en que residen las personas, reforzando así los problemas de exclusión social, al establecer mayores obstáculos a la acumulación de los activos requeridos para insertarse con éxito en la sociedad (CEPAL, 1999). La marginación resultante de estos procesos debilita aún más la cohesión social, mediante los efectos que se procede a detallar a continuación.

1) Segmentación en los servicios

Un primer ejemplo de las sinergias negativas a que se hizo referencia en párrafos anteriores es el caso de la segmentación en los servicios, que suele reforzar el aislamiento producido por la estratificación de las áreas residenciales (CEPAL, 1999). Kaztman y Retamoso (2005) concuerdan con esta afirmación, pues encuentran que las crecientes

segmentaciones en la calidad de servicios como la salud, la educación y la vivienda, se dan usualmente en forma paralela al aumento de la concentración de los hogares pobres en el territorio urbano. Así, quien tenga la posibilidad de huir de estas zonas de pobreza, sin duda lo hará. Empero, con la salida de las clases pudientes, el resto del barrio pierde, precisamente, aquellos componentes que podían presionar a las autoridades por mejoras en los servicios. Es por ello que los mejores servicios (usualmente privados) tienden a concentrarse en las zonas de mejores ingresos, contribuyendo así a la segregación y a la exclusión. A la pérdida de los espacios de interacción, debe sumarse entonces la pérdida de buenos servicios.

El mayor problema surge cuando esta conducta se aplica también en el caso de los servicios básicos como la educación, salud y seguridad. Kaztman (2005) explica que dicho cambio provoca tres efectos sumamente nocivos en la estructura social que alimentan los mecanismos de aislamientos de las poblaciones de menos recursos: se reducen los ámbitos de sociabilidad informal entre las clases, se reduce el dominio de problemas comunes que enfrentan los hogares y se pierde el apoyo que tenían los servicios públicos en el interés de las clases medias por mantener la calidad de las prestaciones. Este autor comenta que esas tres consecuencias a su vez se traducen en una mayor desigualdad de acceso a las oportunidades de formación de activos y un deterioro subjetivo tanto de la percepción de ciudadanía como de la solidaridad.

2) Segregación residencial y segregación laboral

De este modo, la inserción productiva influye en la cohesión subjetiva – sentido de pertenencia, reconocimiento del esfuerzo, internalización de normas y actitudes – y la objetiva, por el hecho de traducirse en mayores ingresos, seguridad y bienestar (CEPAL, 2007, p. 105)

El empleo de calidad es, en último término, el motor del crecimiento, del progreso, de la equidad y un mecanismo indispensable de transmisión de la cohesión social (CEPAL, 2007, p. 111)

Las citas anteriores explicitan la importancia del empleo y sus efectos positivos sobre la cohesión social, mediante mecanismos tanto objetivos como subjetivos. Sin embargo, los cambios recientes en el funcionamiento del mercado laboral (desindustrialización y terciarización, entre otros) han debilitado la relación entre crecimiento y disminución de la pobreza (CEPAL, 2007), contribuyendo así a la polarización de la sociedad no sólo por vía directa, sino también indirectamente, pues “el factor singular más importante para explicar los actuales niveles de segregación residencial en Montevideo ha sido el de la pauperización e inestabilidad ocupacional de un gran número de asalariados” (Kaztman y Retamoso, 2005, p. 138). Es decir, las clases más bajas se ven marginadas por empleos inestables y mal remunerados; y éstos, a su vez, les condenan a vivir en enclaves de pobreza.

Es así como la creciente homogenización de la composición social de los barrios que implica el proceso de segregación residencial, se ve reforzada por las mayores dificultades de empleo que enfrentan quienes ya residían en esas zonas; y a su vez la permanencia en dichos barrios pobres debilita aún más los vínculos con el mercado de trabajo, estableciendo así un círculo vicioso (Kaztman y Retamoso, 2005). Como encuentran Kaztman et al. (2003), al sumarse los efectos de una inserción precaria en el mundo laboral con aquellos de la concentración de esas condiciones en los barrios, se potencia el incremento de la desigualdad y la profundización de la exclusión. Todo ello termina por condenar a las clases más bajas a un círculo vicioso del cual cada vez resulta más difícil escapar, lo que favorece “la emergencia de reacciones conflictivas con los patrones normativos convencionales, reacciones que, como hemos visto, no responden a un rechazo de los más pobres al mundo del trabajo, sino más bien a un marcado estrechamiento de la estructura de oportunidades” (Kaztman et al., 2003, p. 26).

Entre los factores del barrio que limitan la inserción exitosa en el mercado laboral encontramos “la distancia a los lugares de trabajo y los costos en tiempo y dinero asociados al transporte, las oportunidades locales de empleo, las posibilidades de acumular un capital social útil al logro de empleo, las limitaciones a la movilización de la fuerza de trabajo familiar que plantea la inseguridad ambiental, y la reacción de los potenciales empleadores frente al eventual reclutamiento de estos barrios” (Kaztman y Retamoso, 2005, p. 143).

Según Kaztman et al. (2003), es por ello que la segmentación del mercado laboral figura como el elemento central de las tendencias a la polarización social. En su estudio, encuentran que a menor nivel socioeconómico del lugar de residencia, mayor es la tasa de desempleo; pues – como se había dicho – las tasas de desempleo pueden incidir en el perfil de los barrios, pero también el perfil de los barrios puede incidir en las tasas de desempleo. Así, por ejemplo, la homogeneidad en la composición social barrial limita la interacción con personas que operan como fuente de información y modelos de rol, el lugar de residencia funciona como criterio clave para el empleador y los barrios que concentran carencias y precariedades a menudo ofrecen pocas oportunidades laborales y presentan altas tasas de delincuencia.

Estos problemas que acarrea el contexto de residencia son particularmente agudos en el caso de las generaciones socializadas en estos vecindarios, pues para ellas “la influencia del barrio claramente antecede a sus intentos de inserción laboral” (Kaztman y Retamoso, 2005, p. 139). Las personas sufren la segregación residencial porque obstaculiza su proceso de formación de capital social por el distanciamiento físico y los reducidos ámbitos de interacción con otras clases que, de acuerdo con Kaztman y Retamoso (2005), es una fuente vital de información y contactos útiles para su inserción en el mercado laboral. Ello repercute en la dimensión de capital social individual y colectiva, así como en la dimensión de ciudadanía tanto en su aspecto objetivo como subjetivo.

Entre las consecuencias negativas de la segregación laboral está, en primer lugar, que “el trabajo deja de constituir la principal actividad sobre la que se apoya la

estructuración racional de la vida cotidiana” (Kaztman, 2005, p. 10). Según Kaztman (2005), ello implica que el trabajo pierde su importante función en la formación de identidades, como fuente de solidaridad y promotor de ciudadanía. Es por ello que las personas con inserción precaria en el mercado laboral y escasa participación institucional son más susceptibles a la influencia de su entorno barrial (Kaztman y Retamoso, 2006). La situación se agudiza por el llamado efecto de ‘estigma social’ que proponen Easterly y Levine (2001), que expresa cómo la residencia en un barrio segregado se constituye en una barrera de entrada y factor de depreciación de las personas en el mercado de trabajo.

La situación se agrava pues la población ha asimilado la idea de que una ciudadanía plena se alcanza únicamente a través del trabajo y ha desarrollado aspiraciones de consumo acordes con la imagen difundida por los medios de comunicación de masas; todo lo cual les es negado al ser cada vez mayor la exclusión del mercado laboral (Kaztman, 2005). Es por ello que Kaztman y otros (2003, p. 12) caracterizan la segmentación del mercado laboral como “el elemento central de las tendencias a la polarización social”.

Ahora bien, volviendo a las consecuencias de estos procesos de segregación residencial y laboral sobre la cohesión social, como afirmó la CEPAL (2007, p. 105), en primer lugar “Influir positivamente en las oportunidades productivas de las personas tiene un importante efecto sobre la cohesión social, puesto que refuerza el sentido de pertenencia, vale decir, el percibirse como agentes y beneficiarios de los procesos de desarrollo”. Como resalta dicho documento, los efectos negativos de la segregación sobre la cohesión social no se limitan a la segmentación de la inserción productiva y laboral, sino que abarcan también las diferentes magnitudes de informalidad y la dificultad de acceso a sistemas de protección social. Es precisamente esta desprotección la que se traduce luego en sensaciones de inseguridad que a su vez minan el sentido de pertenencia y, así, afecta por otra vía a la cohesión social (CEPAL, 2007).

3) Segregación residencial y segmentación educativa

En primer lugar, debe hacerse hincapié en el hecho que “muchas sociedades de la región [latinoamericana] están sufriendo un proceso históricamente inédito de estratificación de los circuitos educativos” (Kaztman, 2005, p. 12). Ello concuerda con la afirmación de la CEPAL (2007) que la desigualdad socioeconómica se ha convertido en una característica endógena del sistema educacional. Esto obedece en parte a que, como afirman Arriagada y Rodríguez (2003), el aumento de la segregación residencial del que se ha hablado en párrafos anteriores ha favorecido el crecimiento de la segregación escolar, mediante procesos que se verá con detalle más adelante.

Kaztman y Retamoso (2006) afirman que, con el avance de la segregación residencial, las escuelas públicas han ido perdiendo su carácter tradicional como ámbito privilegiado de integración social, debido sobre todo a lo ligadas que se encuentran la composición social de los barrios y las escuelas – los niños tienden a ir a escuelas cerca de sus casas. Ellos mismos concluyen que existe un “efecto de arrastre de la segregación

residencial sobre la segmentación escolar” (Kaztman y Retamoso, 2006, p. 23). Este problema se agudiza cuando, ante la segmentación en la enseñanza, los padres de estratos medios y altos tienden a salir en busca de instituciones educativas mejores y, casi siempre, privadas; lo cual tiende a profundizar la segmentación y dejar a las escuelas públicas sin aquellos elementos que podrían exigir una mejor educación.

El problema se complica al tomar en cuenta las interrelaciones entre segregación residencial y segmentación educativa y entre éstas y la segregación laboral, pues la inserción laboral es el antecedente más importante de reforzamiento de los mecanismos de reproducción intergeneracional en la pobreza (Kaztman y Retamoso, 2006). Ello se debe, según estos autores, “a que los adultos que no cuentan con habilidades y destrezas como para eludir la inestabilidad y la precariedad laboral, difícilmente podrán transferir a sus hijos los recursos en capital físico, humano y social que demandará su desarrollo integral en las sociedades posindustriales” (Kaztman y Retamoso, 2006, p. 138).

Estos procesos de segregación residencial que resultan en una mayor homogeneidad en la composición educativa, según Kaztman (2005), resultan de gran trascendencia cuando son tomados en el contexto de una agudización de la segregación laboral y segmentación de los servicios; lo cual es consistente con la creciente importancia de la educación como determinante de la estabilidad y calidad de la inserción laboral de las personas.

Profundizando en las interrelaciones entre escuela y barrio, la CEPAL (1999) encuentra que la composición barrial es uno de los factores que afectan las probabilidades de acumulación de recursos en capital humano de los niños, aparte de la composición familiar; en este sentido, se afirma categóricamente que “la composición social del vecindario afecta los logros educativos” (CEPAL, 1999, p. 42). Como el nivel educacional es uno de los determinantes más importantes de los ingresos laborales, la composición barrial tiene así un efecto indirecto sobre el ingreso de las personas.

A ello se agrega el hecho que “los niños de hogares con pobres portafolios de activos son más permeables a las influencias del vecindario” (CEPAL, 1999, p. 27), lo cual tiende a agudizar los problemas sociales que surgen de la segregación residencial y la segmentación educacional. Este documento propone como vínculos entre las características del contexto vecinal y el comportamiento de los niños en las escuelas el grupo de pares, los modelos de rol, la eficiencia normativa y la calidad de los servicios; todos los cuales se ven afectados negativamente por los procesos de polarización y segmentación a que se alude en el presente artículo.

Kaztman y Retamoso (2006) apuntan otro factor que refuerza la importancia de las interrelaciones entre segregación residencial y segmentación educativa; y es que cuando las familias y vecindarios no proveen los soportes adecuados, se dificulta la función del sistema educativo como agente de disociación de los logros educativos con las condiciones de origen del niño. Así, cuando en los barrios hay escasez de patrones de convivencia comunal, instituciones barriales fuertes, escasez de pares y modelos de rol,

ello incide negativamente en la socialización de los escolares y dificulta la labor de socialización del sistema educativo.

En general, todos los autores concuerdan en el rol principal que juega la educación en la reducción de la pobreza y la promoción de mayor equidad en el acceso a oportunidades de bienestar (CEPAL, 2007). Lo mismo expresan Kaztman y Retamoso (2006) en calificar a las brechas educativas como uno de los determinantes de las diferencias de ingreso y condiciones de vida de las personas. Ellos mismos afirman que numerosos estudios concuerdan en la importancia de la educación “como predictor de la estabilidad laboral y de la calidad de las ocupaciones a que pueden aspirar las personas, así como de sus niveles de vulnerabilidad a la pobreza y a la exclusión social” (Kaztman y Retamoso, 2006, p. 11).

En este punto cabe destacar la importancia de la educación para la cohesión social. En primer lugar, constituye uno de los canales tradicionales de movilidad social ascendente; lo cual a su vez fortalece las percepciones sobre la democracia (CEPAL, 2007). Sin embargo, su aporte a la democracia no se detiene allí, pues prepara para el ejercicio ciudadano. De acuerdo con Kaztman (2005), permite el desarrollo temprano de sentimientos de ciudadanía y la formación de identidades compartidas; siempre y cuando se constituya en ámbito de interacción entre escolares de distinto origen social.

Como bien lo apuntan Arriagada y Rodríguez (2003, p. 56), “La interacción entre segregación residencial y segmentación escolar conforma una situación especialmente delicada por sus efectos en la diferenciación social y pérdida de posibilidades de interacción elementales para la formación de un espíritu de cuerpo social y capital social”. Esto concuerda con las afirmaciones de la CEPAL (2007) con respecto a la educación como institución fundamental para igualar oportunidades y promover un orden más meritocrático; pues permite a los individuos desarrollar capacidades para insertarse en el mercado laboral y en la sociedad en sí como ciudadanos – lo cual a su vez incentiva el sentido de pertenencia.

Sin embargo, estas externalidades positivas de la educación sólo existen si, como se dijo, la educación en efecto permite la interacción entre niños de distinto origen social pues, de lo contrario, sólo serviría para reforzar las distancias de capital humano que impone la polarización socioeconómica. Como apunta Kaztman (2005), en el contexto de una mayor segmentación educacional, al sistema educativo se le dificulta progresivamente el promover la integración social. Así, es imposible fomentar actitudes positivas de reconocimiento al otro como persona de derechos y promover los sentimientos de obligación moral con personas de distinto origen social, por más que se incluya en la educación un paradigma multicultural.

4) Desigualdad de acceso a oportunidades de formación de activos

Una primera visión – más tradicional – de la desigualdad de acceso a oportunidades de formación de activos se refiere a la educación, conocimiento, empleos de calidad,

tierra, capital y financiamiento (CEPAL, 2007). Las diferencias en el acceso a estos activos y oportunidades de formación de los mismos constituyen el principal mecanismo de reproducción generacional de la pobreza, inequidad y exclusión. Saraví (2004, p. 42) expresa la misma idea diciendo que “los espacios urbanos con alta concentración de pobreza tienden a caracterizarse por una evidente exclusión de los canales tradicionales de ascenso social”. El ‘efecto vecindario’ a que se aludió anteriormente juega aquí un papel muy importante, pues la composición social del barrio determina en gran parte la estructura de oportunidades de acumulación de activos disponible a los hogares de menores recursos (CEPAL, 1999).

Sin embargo, existe otra fuente de desigualdad en el acceso a oportunidades de formación de capital y es aquella que se refiere al capital social, para el cual la segregación residencial resulta determinante, como apunta Kaztman (2005, p. 23): “el aislamiento contribuye al agotamiento del portafolio de activos de los pobres en la medida que afecta su capacidad de acumulación de capital social”. Bourdieu (2000b) resalta la importancia del barrio para el capital social, pues afirma que así como el barrio de clase alta consagra simbólicamente a sus habitantes – y les hace partícipes del capital social colectivo – el barrio estigmatizado en cambio degrada simbólicamente a quienes viven en él.

La CEPAL (1999) destaca dos sentidos en los que la segregación residencial resulta en una disminución de recursos de capital social: por un lado, la falta de interacción con otras clases elimina aquellos contactos con oportunidades laborales o de obtención de servicios; por otro, se elimina el contacto con modelos de rol – aquellas personas que alcanzaron el éxito aprovechando la estructura de oportunidades existente y, por ello, sirven de ejemplo a los más jóvenes. También en este caso Bourdieu (2000b) brinda una inmejorable explicación de la importancia del factor espacial para el capital social: “la proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca todos sus efectos facilitando o favoreciendo la acumulación de capital social y, más precisamente, posibilitando el aprovechamiento constante de los encuentros a la vez fortuitos y previsibles que asegura la frecuentación de los lugares bien frecuentados” (Bourdieu, 2000b, p. 122).

Una última consecuencia de la desigualdad de acceso a oportunidades de formación de activos tiene que ver con la sociedad de consumo como contexto de estos procesos de segregación. Como bien argumenta la CEPAL (1999, p. 11), “La separación física reduce el capital social de los pobres, pero no los defiende de la penetración de las propuestas de consumo”. Esto implica que se enfrentan expectativas de consumo cada vez más altas, con un acervo de activos cada vez menor, lo que alimenta un círculo vicioso de segregación progresiva. Incluso en el caso de quienes tienen acceso a la educación – lo cual conlleva lógicamente expectativas de mejores empleos en un futuro – si el mercado laboral no les permite capitalizarla (por ejemplo, a través del efecto de arrastre de la segregación residencial sobre la segregación laboral) se generaría un sentimiento de frustración debido a la insuficiente meritocracia; lo que a su vez debilitaría el sentido de pertenencia, la confianza en la institucionalidad y, así, la cohesión social (CEPAL, 2007).

5) Redes sociales (grupos de pares, modelos de rol, etc.)

La segregación residencial, así como su interacción con la segregación laboral y la segmentación educativa, se conjugan para restringir las redes sociales de los pobres exclusivamente a otras personas pobres (Arriagada y Rodríguez, 2003), lo cual genera una serie de efectos perversos que debilitan las redes sociales – ahora homogéneas – y profundizan la exclusión social.

En primera instancia, como lo señalan Kaztman y Retamoso (2005), la concentración de hogares que enfrentan muchas carencias y la fragilidad de los lazos laborales que usualmente les acompaña, tienden a limitar la formación de redes de reciprocidad y creación y mantenimiento de instituciones barriales; todo lo cual va en detrimento del tejido social comunitario. Como bien afirman estos autores, la importancia de la trama social del vecindario radica en ser la fuente de sociabilidad y formación de identidad y sentido de pertenencia más próxima a los espacios privados de la gente. Sin embargo, ante la poderosa interrelación que existe entre la segregación residencial, la segregación laboral y la segmentación educativa, no es sólo el ámbito barrial que ve debilitadas las redes sociales en su interior, sino también los lugares de estudio y trabajo; lo cual empobrece aún más las relaciones sociales de estas personas marginadas.

Según Kaztman y Retamoso (2005), la segregación residencial agudizó los problemas de supervivencia de los hogares y amenazó asimismo los patrones de sociabilidad y convivencia dentro de los barrios más pobres. Resaltando las interrelaciones que se han venido mencionando, ellos afirman que “Esta situación puso en riesgo la compatibilidad entre las influencias socializadoras que provenían de las familias, del vecindario y de las escuelas” (Kaztman y Retamoso, 2005, p. 38).

En el análisis que hacen estos dos autores (Kaztman y Retamoso, 2005), encuentran que el signo de la incidencia de la trama social barrial sobre las personas no depende únicamente de la proximidad física; sino que depende también del nivel de seguridad y el tono de la convivencia vecinal, del estatus socioeconómico del barrio y de su trama socioinstitucional. Ellos afirman que es probable que la influencia de los barrios sobre los comportamientos fuera mayor en los sectores más vulnerables a la exclusión social, “justamente porque el proceso de exclusión alude a una progresiva reducción de otras fuentes de pertenencia, reconocimiento e identidad ajenas al barrio” (Kaztman y Retamoso, 2005, pp. 142-143). Esta afirmación cobra mucha mayor fuerza cuando, en adición a la segregación residencial, se toman en cuenta la segregación laboral y la segmentación educativa, así como las interrelaciones entre ellas.

Entre los mecanismos de socialización, los modelos de rol son particularmente importantes para el presente análisis, pues la segregación residencial – al implicar la homogeneidad en los barrios y la heterogeneidad entre ellos – va limitando el contacto de los más jóvenes con estos individuos que han vencido los obstáculos propios de su

condición y se han insertado con éxito en la dinámica socioeconómica. Así, los modelos de rol logran traducir en logros las expectativas, hábitos y pautas de comportamiento vinculados al trabajo que predominan en la ciudad (Kaztman y Retamoso, 2005).

Kaztman (2005, p. 23) define a los modelos de rol como “individuos que, por haber alcanzado buenos niveles de vida a través de su dedicación, talento y/o disciplina pueden constituir ejemplos exitosos de asociación entre esfuerzos y logros”. Así como la presencia en el barrio de esas figuras que han alcanzado logros sociales significativos mediante los canales legítimos, puede proveer modelos de comportamiento (CEPAL, 1999); por el contrario, la ausencia de tales personas puede disuadir a los jóvenes de utilizar los canales legítimos de movilidad social para satisfacer sus aspiraciones de consumo – que, como ya se vio, a menudo son las de clases más altas – (Kaztman, 2005).

De acuerdo con la CEPAL (1999), la exposición a estos modelos es necesaria – si bien no es suficiente – para desarrollar contenidos mentales que son parte vital de los recursos humanos y contribuyen por tanto a su movilidad social ascendente; por cuanto se trata del “convencimiento que para alcanzar las metas de bienestar que propone la sociedad es necesaria una inversión sostenida en los medios institucionalizados” (CEPAL, 1999, p. 14). Para ello es necesario tanto que exista un sistema meritocrático, como que los individuos lo perciban como tal.

Por el contrario, este documento afirma que, al no haber estos modelos de rol debido a la deserción de las personas exitosas que se da gracias a la segregación residencial, laboral y educacional, se activan mecanismos perversos donde los marcos de referencia para las acciones exitosas dentro del sistema se ven cada vez más debilitados. Esto es particularmente nocivo para los jóvenes de estratos bajos, pues la estructura de oportunidades de un vecindario con buena proporción de ocupaciones de alto status – la cual baja progresivamente conforma avanzan la segregación y la exclusión – opera en aspectos simbólicos como son la eficiencia normativa y los modelos de rol (CEPAL, 1999).

Otro efecto negativo que se da con el aumento de la segregación residencial es que, como se vio, aumenta también la segmentación educativa; con ello, se reducen los espacios de interacción de niños de distinto origen social en condiciones de igualdad (Kaztman y Retamoso, 2006). Estos autores proponen que la importancia de la influencia del grupo de pares se basa en cuatro aspectos fundamentales para la integración social del niño:

- el nivel con que las expectativas del logro educativo son moldeadas por la orientación predominante de los compañeros
- el desarrollo de habilidades cognitivas y destrezas sociales
- las oportunidades de acceso a redes con mayor o menor capital social
- el desarrollo de sentimientos de pertenencia y ciudadanía.

En síntesis, la pobreza en las redes sociales que promueven la segregación residencial, la segregación laboral y la segmentación educativa, se expresa en “la

inestabilidad de los patrones de convivencia comunal, la baja calidad de las instituciones vecinales, la escasez de pares o de adultos que pudieran operar como modelos de hábitos, comportamientos y expectativas funcionales a buenos logros educativos” (Kaztman y Retamoso, 2006, p. 38). Todo ello amenaza la función socializadora del barrio y la desvía hacia patrones sociales que no colocan a la educación y el trabajo como las vías por excelencia de movilidad social. La desesperanza que conllevan estos efectos negativos sobre las redes sociales está resumida de excelente manera en la siguiente cita de Bourdieu:

“la evidencia de esa especie de mala pata colectiva que, como una fatalidad, afecta a todas las personas reunidas en los lugares de relegación social, donde las miserias de cada uno se ven redobladas por las nacidas de la coexistencia y la cohabitación de todos los miserables y, sobre todo, tal vez, del efecto de destino que está inscripto en la pertenencia a un grupo estigmatizado” (Bourdieu, 2000a, p. 68)

III) Segregación espacial y subjetividad

1) Sentido de pertenencia

Experimentar personalmente la desigualdad de oportunidades, sobre todo la desigualdad basada en factores como el origen étnico y social, puede producir sentimientos de desapego y de no pertenencia a la sociedad, y la percepción de que la justicia legal y social no existen (CEPAL, 2007, p. 73)

La anterior cita nos introduce en el primer factor subjetivo importante de la cohesión social, el sentido de pertenencia a una sociedad. Este sentimiento se ve afectado en gran medida por la profundización de la segregación residencial y, con ella, la segregación laboral y la segmentación educativa. Al concentrarse en un espacio territorial una población que enfrenta graves carencias para satisfacer sus necesidades básicas, se generaliza la sensación de que no se dominan las condiciones que determinan el bienestar; es por ello que las personas no se sienten parte de un sistema que no les permite acceder a sus beneficios por medio de su esfuerzo.

Las interrelaciones entre la segregación residencial y la segregación laboral, agudizan la ausencia en estas poblaciones excluidas de factores de tipo adscriptivo – contactos sociales, origen de clase y apariencia física, entre otros – que son decisivos para el éxito laboral (CEPAL, 2007). Marginadas entonces del mundo laboral e incapaces de transformar su esfuerzo en retribuciones adecuadas y mejoras en su bienestar, las personas tienden a formarse una percepción de un sistema social poco meritocrático; lo cual conlleva a su vez que se sientan excluidos de los canales de acceso al bienestar y, por tanto, excluidos de la sociedad en sí.

Estas prácticas de exclusión son reforzadas por la discriminación activa en contra de ciertos grupos sociales que se han definido “por características casi siempre

adscriptivas, en términos de representaciones simbólicas y culturales sobre lo que constituye ‘la diferencia’” (CEPAL, 2007, p. 84). Ello impide que las poblaciones marginadas se sientan parte de esta sociedad y, consecuentemente, se debilita la cohesión social. En esto coincide Kaztman (2005), quien encuentra que la segregación residencial – reforzada por la segregación laboral y la segmentación educativa – al concentrar poblaciones con grandes privaciones materiales y marginadas del mundo laboral, genera fuertes sentimientos de deprivación relativa; que obstaculizan el sentimiento de pertenencia a una sociedad que les excluye de toda esperanza de una vida mejor.

Otro problema que mina el sentido de pertenencia es la creciente divergencia entre las metas o expectativas de consumo y los medios al alcance de estas poblaciones marginales para alcanzarlas. Kaztman (2005) encuentra que el eje de la formación de identidad se ha desplazado del mundo laboral al mundo del consumo; lo cual amplía la brecha entre la participación material y la simbólica de los estratos más bajos. Así, el bienestar parece estar indisolublemente ligado al crecimiento económico; lo cual, según la CEPAL (2007), en una sociedad que concede gran importancia a las aspiraciones materiales, promueve “los sentimientos de desafecto e inconformidad con respecto de la situación económica propia y la del país” (CEPAL, 2007, p. 57).

El panorama se complica gracias a la presencia de los medios de comunicación masiva, los cuales penetran en los estratos sociales más bajos para difundir y legitimar metas de consumo que corresponden a las clases más altas (Kaztman, 2003). Así, se genera una sociedad en la que, indiferentemente de la clase a la que se pertenezca, el grupo de referencia al que se quiere pertenecer siempre está por encima del grupo de pertenencia (CEPAL, 2007).

Por otra parte, los sistemas de protección social, que podrían fortalecer el sentido de pertenencia, más bien se han visto debilitados por la profundización de la exclusión. Como se ha visto a lo largo del presente trabajo, la segregación residencial conlleva también la segmentación de los servicios, con lo que se obstaculiza el acceso de la población más necesitada a prestaciones y servicios que mejoren su calidad de vida y alivien su vulnerabilidad. Es por ello que la CEPAL (2007, p. 119) califica a la protección social como “un mecanismo ampliado de cuidado y solidaridad que interactúa con la cohesión social”.

2) Ciudadanía y solidaridad

En primera instancia, las interrelaciones que se generan entre segregación residencial, segregación laboral y segmentación educativa concentran a la población con mayores carencias en espacios donde los mecanismos de exclusión social son particularmente poderosos al impedir la movilidad social. Adicionalmente, como lo admite la CEPAL (2007), estos mecanismos afectan las percepciones tanto de quienes los sufren directamente como de quienes no se ven afectados más que de manera indirecta. Así, además de enfrentar la exclusión social, las poblaciones marginadas deben batallar también contra los estigmas que se forman con respecto a ellas. Es por ello que “tiende a

difundirse una suerte de imaginario o representación negativa generalizada en la población [marginada] respecto del funcionamiento de la sociedad, del poder y de quienes lo ejercen” (CEPAL, 2007, p. 70).

Es así como la segregación, en sus múltiples formas, priva a las poblaciones excluidas de vivir una ciudadanía plena. No obstante, esta privación se da tanto desde el sistema – como es el caso de la segmentación de los servicios, la segregación laboral y la segmentación educativa, por ejemplo – como por iniciativa de los individuos. Según la CEPAL, ante la marginación y la exclusión, es posible que las personas, siguiendo una racionalidad instrumental, renuncien a ser parte del esfuerzo colectivo a favor del proyecto social. “La falta de confianza social y especialmente de sentido de solidaridad desincentiva la acción colectiva y la participación ciudadana” (CEPAL, 2007, pp. 89-90). Esa automarginación de la arena política no hace más que reflejar la exclusión social y la falta de ciudadanía a que se enfrentan las poblaciones marginadas (CEPAL, 2007); con lo cual se debilita el sentido de pertenencia a que se aludió anteriormente.

Según Kaztman (2005), la segregación residencial, laboral y educativa restringen progresivamente los espacios de interacción con otras clases sociales, limitando la opción de compartir las experiencias cotidianas que permiten sostener una creencia en un destino social común y sobre las que descansa la ciudadanía. En las palabras de dicho autor, “La idea de ser portador de los mismos derechos y de gozar de los beneficios del principio universal de igualdad y libertad para la vida social puede ser vista como una ficción cuando el distanciamiento del ‘mainstream’ de la sociedad se vive todos los días” (Kaztman, 2005, p. 23).

Este tipo de interacción cotidiana provee la base para el surgimiento de la confianza social, elemento clave de la cohesión social y que la CEPAL (2007, p. 78) define como “la creencia en que una persona o grupo será capaz y deseará actuar de manera adecuada en una determinada situación (...) es una predisposición hacia el otro que se aprende y, desde la perspectiva del capital social, incluye un juicio moral acerca del grado de confianza que puede tenerse respecto de personas desconocidas”. El problema es, precisamente, que la segregación, en todas sus formas, limita la interacción a personas del mismo origen social, de forma que quienes vienen de otras clases resultan desconocidos. Y como bien afirman Kaztman et al. (2003), los desconocidos suelen provocar desconfianza.

Asimismo, la CEPAL (2007) encuentra que el comportamiento solidario tiene fundamentos en la reciprocidad; implica percibir que los demás son capaces de ser solidarios con cada individuo. Sin embargo, la segregación residencial, la segregación laboral y la segmentación educativa, como se vio, agudizan la percepción – en gran medida acertada – de que la sociedad en su conjunto (así como los individuos que la componen), no conciben la solidaridad como un valor importante. Las interrelaciones entre dichos tipos de segregación refuerzan la percepción de que en la protección social existe una ciudadanía de primera y ciudadanía de segunda categoría. Al perpetuarse esta jerarquía entre las generaciones, adquiere un carácter estamental (CEPAL, 2007).

3) Empatía y tolerancia a la desigualdad

Kaztman et al. (2003) enfatizan cómo la segregación residencial, laboral y educativa, al ampliar las disparidades y reducir los ámbitos de interacción entre distintas clases sociales, disminuye la capacidad de empatía entre los individuos – a la vez que aumenta, como se dijo, la desconfianza. Asimismo, sugieren que existe “una sinergia negativa entre la percepción de inseguridad y la voluntad de interactuar con desiguales” (Kaztman et al., 2003, p. 41). Kaztman y Retamoso (2005) concuerdan con esta afirmación; y agregan que a medida que se reduce el contacto con individuos de diferente origen social, se pierde la empatía, esa capacidad de colocarse en los zapatos del otro.

Al disminuir la capacidad de empatía, afirman Kaztman y Retamoso (2005), aumenta la tolerancia a la desigualdad. Este efecto se agudiza con la segregación residencial, pues al no tener que convivir con la población pobre, al no ver la miseria, se hace más fácil ignorarla. A ello se agrega que, al aparecer subculturas marginales debido a la concentración de graves carencias en estos barrios pobres – por la debilidad del tejido social – surgen estigmas acerca de estas poblaciones que agudizan la sensación de desconfianza y minan así la capacidad de empatía.

Como se afirmó anteriormente, los procesos de segregación favorecen la deserción de las clases medias de los barrios marginales; lo cual, de acuerdo con Kaztman (2005) limita los espacios de interacción y estrecha “el campo de experiencias que estimulan la capacidad de empatía con los sectores menos favorecidos y los sentimientos de obligación moral hacia ellos; y elevando, por ende, el umbral de tolerancia a la desigualdad” (Kaztman, 2005, p. 28).

Esta aversión a la desigualdad se basa en la capacidad de empatía de las clases altas con los estratos más bajos. Kaztman (2005) es categórico al establecer que la vigencia de estos contenidos mentales requiere una renovación periódica, que sólo es posible a través de los contactos cotidianos entre personas de distinto origen socioeconómico que se ven limitados por la creciente polarización de las sociedades latinoamericanas. Este autor añade que la segregación residencial, laboral y educativa, junto con la segmentación de los servicios, reducen el ámbito público donde se producen estos encuentros. De esta forma, se debilita “la base estructural que sustenta la capacidad de empatía y los sentimientos de obligación moral” (Kaztman, 2005, p. 25) de las clases más altas para con los menos aventajados. Según él, esto tiene efectos negativos sobre los niveles de intolerancia a la desigualdad.

Kaztman (2005) señala que la intolerancia a la desigualdad, por el contrario, tiene un efecto positivo indirecto sobre la desigualdad; y es que opera como mecanismo de autocontrol en el consumo de las clases medias y altas. Así, logra reducir efectivamente las brechas entre las expectativas de consumo y los medios para satisfacerlas (usualmente inaccesibles a las clases más bajas).

Conclusiones

El presente trabajo partió de la literatura existente para profundizar en el tema de la dimensión espacial de la cohesión social. Esto permitió evidenciar la complejidad de dicho fenómeno e identificar algunos de los factores espaciales que, hoy, se conjugan para agudizar la crisis de cohesión social que enfrentan las ciudades latinoamericanas.

El primer factor – y el más evidente – de la dimensión espacial que afecta a la cohesión social son la polarización y segregación residencial; que podemos ver y sentir en cualquier urbe metropolitana latinoamericana y tiene grandes consecuencias negativas sobre la cohesión social. Entre ellas se pueden citar el debilitamiento del tejido social, la fragmentación de la ciudad y la consiguiente formación de espacios exclusivos de pobreza. Esta concentración espacial de poblaciones pobres refuerza la precariedad al limitar y empobrecer también las redes sociales; y reproduce las desigualdades socioeconómicas de las que ella misma es una manifestación. El panorama se agrava por cuanto la segregación residencial tiende a expandirse hacia la segregación de los servicios básicos y de los espacios públicos; todo lo cual resulta en una institucionalización de la exclusión que perpetúa la pobreza.

La cohesión social también se ve debilitada con la exclusión de gran parte de la población de los mecanismos tradicionales de integración social: la educación y el trabajo. Como se vio en este trabajo, la exclusión de ambos mecanismos se encuentra encadenada. Sin embargo, existe no sólo una interrelación entre educación y trabajo, sino también una interrelación entre ellas y la zona de residencia de una persona; de tal forma que la dimensión espacial de la cohesión social incluye tanto el aspecto residencial como el laboral y el educativo.

Así, dentro de la dimensión espacial se generan numerosas sinergias negativas que minan la cohesión social de las poblaciones. Como se ha dicho anteriormente, la segregación residencial suele verse reforzada por una segmentación en los servicios y una segregación laboral. Más aún, existe también un efecto de arrastre de la segregación residencial sobre la segmentación escolar; de manera que las mejores escuelas se concentran en espacios exclusivos de las clases altas. La cohesión social se ve debilitada entonces no sólo por la segregación residencial, la segregación laboral y la segmentación educativa individualmente; sino también por las interrelaciones que surgen entre ellas y refuerzan

Estos tres tipos de segregación y las interrelaciones entre ellos resultan, por ejemplo, en desigualdades de acceso a las oportunidades de formación de activos, que son el principal mecanismo de reproducción intergeneracional de la pobreza y la exclusión. De tal forma que la segregación, en todas sus formas, resulta en una separación física que disminuye el capital social de las clases más bajas. Un ejemplo de esto es que, gracias a la segregación residencial, laboral y educativa, las redes sociales de los pobres son limitadas exclusivamente a personas de su misma condición; lo que profundiza la exclusión social al empobrecer el tejido social y debilitar los mecanismos

de socialización – al limitar la exposición a modelos de rol y empobrecer el grupo de pares.

La segregación espacial, que incluye entonces el ámbito residencial, laboral y educativo, tiene enormes consecuencias negativas tanto para la dimensión objetiva como para la dimensión subjetiva de la cohesión social. En cuanto a los factores subjetivos de la cohesión social, el primero que se ve afectado por la segregación espacial en todas sus formas es el sentido de pertenencia a la sociedad. Asimismo, al cerrarse los canales de movilidad social ascendente y crearse estigmas alrededor de las poblaciones excluidas, se priva a los individuos de la posibilidad de vivir una ciudadanía plena. Todo ello limita el surgimiento de la confianza social y el sentido de solidaridad. Por último, al ampliarse las desigualdades y reducirse los ámbitos de interacción entre las clases sociales, disminuye la capacidad de empatía de los individuos y aumenta entonces la tolerancia a la desigualdad.

Es evidente a partir de este artículo que el imperativo rescate de la cohesión social requiere una lucha contra la segregación espacial desde distintos enfoques. Es necesario elaborar una política socioeconómica que permita reducir la segregación residencial, la segregación laboral y la segmentación educativa (y en otros servicios básicos) para disminuir la desigualdad socioeconómica y detener las fuerzas que potencian exponencialmente la segregación. La coyuntura actual nos obliga a actuar rápidamente, pues conforme pasa el tiempo y se agudiza la segregación, resulta más difícil revertir esta tendencia. Sin embargo, se requiere para ello un enfoque que incluya los factores estructurales, institucionales y sociales que, como muestra este artículo, se ven implicados en las crecientes tendencias segregacionistas que hoy afectan a las sociedades latinoamericanas.

Bibliografía

- Arriagada, Camilo & Jorge Rodríguez (2003), “Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política”, *serie Población y desarrollo*, No. 47 (LC/L 1997-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, No. De venta: S.03.II.G.159.
- Bourdieu, Pierre (2000a), “El orden de las cosas”, *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu y otros, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre (2000b), “Efectos de lugar”, *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu y otros, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1999), *Segregación residencial y desigualdades sociales en Montevideo*, Montevideo, Uruguay.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2007), *Cohesión Social: Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile.
- Corrêa, Luciana (s. f.), “Avaliação crítica dos trabalhos sobre segregação residencial urbana: São Paulo e Rio de Janeiro *Estado del arte en los estudios de segregación residencial urbana*, Rio de Janeiro.
- Corrêa, Luciana & Luiz César de Queiroz (2001), *The Favela/(Formal) Neighborhood Contrast in the Social Space of Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro.
- Hidalgo, Rodrigo, Alejandro Salazar y Lily Alvarez (2003), “Los condominios y urbanizaciones cerradas como nuevo modelo de construcción del espacio residencial en Santiago de Chile (1992-2000)”, *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VII, No. 143, Barcelona.
- Kaztman, Rubén (2005), “Seducidos y abandonados: El aislamiento social de los pobres urbanos”, *Serie Documentos de Trabajo del IPES / Colección Aportes Conceptuales*, No. 1, Uruguay, Universidad Católica del Uruguay.
- Kaztman, Rubén; Gabriel Corbo, Fernando Filgueira, Magdalena Furtado, Dense Gelber, Alejandro Retamoso, & Federico Rodríguez (2003), *La ciudad fragmentada: Mercado, territorio y marginalidad en Montevideo*, reporte final del proyecto Urbanización Latinoamericana a Fines del Siglo XX. Descargado el 17 de febrero de 2007 de:
www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/LA%20CIUDAD%20FRAGMENTADA%20Borrador%20Informe%20Final.pdf

Kaztman, Rubén & Alejandro Retamoso (2005), “Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo”, *Revista de la CEPAL*, No. 85 (LC/G.2266-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), abril.

Kaztman, Rubén & Alejandro Retamoso (2006), *Segregación residencial en Montevideo: Desafíos para la equidad educativa*. Descargado el 17 de febrero de 2007 de: www.ucu.edu.uy/gesu/Documentos/Segregacion_y_educacion_Austin.pdf

Queiroz, Luiz César (s. f.), *Direito à Cidade e a Segregação Residencial: desafios do Estatuto da Cidade*, Observatório das Metrópoles, Rio de Janeiro.

Mammarella, Rosetta & Tanya M. de Barcillos (2001), “Questões teóricas e metodológicas na pesquisa recente sobre as grandes cidades: notas para reflexão”, *Ensaio FEE*, Vol. 22, No. 2, Porto Alegre.

Saraví, Gonzalo (2004), “Segregación urbana y espacio público: Los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, *Revista de la CEPAL*, No. 8 (LC/G.2231-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), agosto.